



www.loqueleo.com/ec

© 2018, María de los Ángeles Boada

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-934-8

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en loqueleo Ecuador: Febrero 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades: María Augusta Vásquez

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de actividades: Fausto Machado

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Los dragones de Lumbre

María de los Ángeles Boada



loqueleo



*A todos los papás
que no se han dado nunca por vencidos.
Especialmente a los míos.*

Índice



El rey de Lumbre	11
El heredero al trono	23
El Príncipe Azul	45
La Perla de la Sabiduría	61
Ignicio Corazón de Dragón	79
Biografía	93
Cuaderno de actividades	97

El rey de Lumbre



Un día, Fogón, rey de los dragones, despertó sintiéndose más viejo de lo habitual. Preocupado, decidió volar hacia un lago que, por estar congelado, hacía perfectamente las veces de espejo y buscar alguna arruga o cana delatoras en su reflejo. Pero, al extender sus majestuosas alas, las sintió más achacosas que nunca y, en lugar de aterrizar junto al lago, como había planeado, cayó sobre la densa capa de hielo que lo cubría y penetró como un bólido dentro de sus aguas heladas. Fue entonces, mientras daba esforzados manotazos para evitar ahogarse, que tuvo que aceptar que sus ojos también

habían empezado a fallar y que el panorama era mucho peor de lo que él imaginaba: sus años de vida estaban contados.

12 Angustiado, Fogón regresó a su caverna a toda prisa e inmediatamente mandó llamar al mago Baltasar, considerado el mejor y más acertado hechicero de la región, a pesar de ser blanco y no negro, como todo gato que se precie de ser brujo. Ante la llamada del rey de los dragones, el mago Baltasar llegó esa misma tarde volando sobre un plumero y cargando, en su puntiagudo sombrero, las más eficaces pócimas para ayudar al soberano.

—¿Qué puedo hacer por usted, Su Alteza? —le preguntó el gato con una reverencia.

—Estoy viejo —le dijo Fogón sin rodeos—. Necesito de un hechizo que pueda devolverme unos años de vida.

Baltasar sacó entonces un catálogo y le ofreció, para las arrugas, cremas fabricadas

con sales del mar Muerto; para las canas, la infalible tinta del calamar gigante de la profunda fosa de las Marianas; y, para disimular las ojeras, una base de polvo de estrellas procedente de la Vía Láctea.

—Todos estos productos son ciento por ciento garantizados, y le aseguro, Su Alteza, que usted logrará verse por lo menos unos cincuenta años más joven —le dijo Baltasar.

—No necesito «verme» más joven —respondió Fogón, exhalando un humo débil y oscuro—. Si te he mandado llamar es porque se comenta por el reino que tú eres el único mago capaz de preparar un hechizo para prolongar la vida.

—Pero, Su Alteza... Si mis cálculos no fallan, ¡usted debe estar rondando los tres mil años! —comentó atónito el gato.

—Ya sé que he vivido lo suficiente —explicó el rey al mago—, pero no puedo

abandonar a mi pueblo en un momento tan duro y en un lugar tan frío como este. He comenzado ya a preparar una estrategia para poder regresar pronto a la isla de Lumbre y recargar nuestro fuego en el Volcán del Piroclasto pero, si estiro la pata antes de que eso suceda, todos los dragones de mi reino correrán el riesgo de perder para siempre el fósforo de sus pulmones.

—Me imagino lo frustrante que debe ser tener una sola vida —comentó el gato, mientras agradecía su felina fortuna de poseer siete—, pero despreocúpese, Su Alteza, estoy seguro de que con mis hechizos algo podré lograr.

Tras decir esas palabras, y con la firme intención de ayudar al rey de los dragones, Baltasar se metió en una caverna y trabajó durante horas en una pócima elaborada con las sales del mar Muerto, el polvo de

